

España no va bien (o quizás sí)

Un Guelbenzu desconocido desconcierta con una lograda novela de humor sobre los círculos de poder en clave fáustica y carnalesco-esperpéntica

Por J. Ernesto Ayala-Dip

LA NUEVA NOVELA de José María Guelbenzu, *Los poderosos lo quieren todo*, me hizo desempolvar mis viejos tratados de narratología. Entre ellos, uno en especial. Mijail Bajtin, el autor de dos de los estudios capitales sobre Dostoievski y Rabelais. Pero empecemos por el principio. Este es un Guelbenzu distinto al autor de *El río de la luna*. Distinto también al autor de *Un peso en el mundo*. Y por supuesto, nada que ver con el autor de *La muerte viene de lejos*, por citar una de las historias cuya protagonista es la ya conocida y reconocida juez Mariana de Marco y sus andanzas indagatorias. *Los poderosos lo quieren todo* se desenvuelve en varias claves. Hay la clave fáustica, de larga tradición en la novela europea. Hay la clave carnalesco-esperpéntica, que convierte a la fáustica en el meollo argumental de la historia y, a su vez, en su nivel más singular, además de más hilarante. Hay también la clave cervantina-metaficcional. En esta, el autor introduce como



Los poderosos lo quieren todo
José María Guelbenzu
Siruela
Madrid, 2016
320 páginas
19,95 euros

juego narrativo el drama de un narrador que lucha entre asentir lo que le manda el creador (que no el autor) que narre o desmarcarse de ese encorsetado mandato. Estos son los materiales con los que Guelbenzu arma su relato. Como toda novela cargada con las características que he citado, esta también tiene sus dianas. Política, social y humana.

Gregorio Espinola y Tomás Beovide Soñador son las víctimas azarosas



José María Guelbenzu, visto por Sciammarella.

de una trama que comienza cuando el solicitadísimo abogado Hermógenes Arbusto se encuentra con la Muerte. Suerte tiene que al lado de su siniestro trance, el diablo anda por ahí. Con el nombre de Forcas, propone a Hermógenes un trato, que no puede ser otra cosa que infernal. A cambio de su vida, la radiante juventud y hermosura de una de sus hijas. No es un personaje menos importante (e interesante en esta alocada trama) María Ilustración, la esposa del millonario abogado, millonario, dicho sea de paso, en dinero y en contactos con las altas esferas del poder y los círculos financieros. Mientras, también asistimos a las veleidades literarias y amorosas de Gregorio y Tomás. Uno, un biólogo que tiende a la gloria de escritor. Y el otro, un gris profesor interino de instituto que se ha impuesto ascender en la escala social mediante la heroicidad de salvar a la hija del magnate en relaciones de conveniencia.

En el pórtico de la novela, el creador nos dice que el propósito de esta comedia es entretener o desconcertar. Como el verbo entretener no tiene buena prensa en el mundillo de la alta literatura, quedémonos con desconcertar. Lo primero que desconcierta muy gratamente en esta muy lograda novela de humor es el papel del narrador. Un narrador que quiere participar en la historia con su propia visión de los hechos. Esto no deja de ser un drama teórico, aunque su tono sea el jocoso. Al final el narrador abandona a su creador a su suerte.

Y aquí es donde entra en juego el gran ensayista ruso Bajtin. Dice Bajtin que el acto estético no es reflejo de la vida real, perteneciendo solo a esta el hecho ético. De la lectura de *Los poderosos lo quieren todo* se puede extraer, por ejemplo, que España va muy mal, una verdad tan objetable y relativa como que España va muy bien, que se afirmaba hace algunos años y se afirma todavía entre determinados políticos. Encontrar en toda la novela que un catalán es tacaño y a un vasco, que precisamente es nacionalista, se le conoce con el apodo de KK (con una K menos que la siniestra secta racista) es materia muy delicada y solo discutible en el terreno que Bajtin dice que debe discutirse: la ficción. Fuera de la novela, todo lo que Guelbenzu piense de los vascos, los catalanes y España, al lector no le debe preocupar. •

Un Bukowski antes de Bukowski

Por Carlos Pardo

POESÍA. DESCONOCIDO PARA EL lector español, Pentti Saarikoski es una leyenda de las letras nórdicas. Nacido en 1937, estudió griego sin doctorarse, tradujo con maestría a Heráclito, con quien se identificaba, a Homero, Aristóteles, Safo, Catulo... Y entre los modernos, a Salinger y Joyce. Con un libro de 1962 (*Lo que está pasando*) revolucionó la poesía de su país con un estilo que denominó "participativo": políticamente comprometido, arriesgado en su propuesta formal y con una dicción impecable. Saarikoski fue un rebelde que, por comparación, vuelve tibios y palabreros a los poetas *beat*. Una especie de Bukowski antes de que Bukowski existiera. Quizá más desamorado. Y luminoso. El poeta Claes Andersson lo definió como "un virtuoso incomparable de la lengua finesa, además

del *enfant terrible* de la literatura de los años sesenta".

Para leer su poesía, casi desconocida en nuestro idioma, tenemos la antología *Tiarnia*, traducida (cómo no) por Francisco Uriz para la Fundación Jorge Guillén. Pero sigamos con la "leyenda": también fue comunista y alcohólico. Y alcohólico por encima de la media finlandesa, cuyos escritores de aquellos años eran los borrachos de los festivales literarios, también según Andersson. Durante los periodos más tranquilos, cuando Saarikoski vivía en el campo retirado de las tentaciones de la ciudad, bebía menos: "Un par de botellas de vino y la mitad de una botella de algún licor fuerte" era la dosis necesaria para mantenerse lúcido. Murió prematuramente envejecido por el alcohol en 1983.

¿Resiste esta *Carta a mi mujer* el peso de la leyenda? Sin duda. Este breve libro es un discurso continuo, sin corregir, sin censurar miserias ni vergüenzas, escrito por Pentti a su nueva mujer en 1968, durante un viaje a Dublín de varias semanas. A veces parece que el viaje es una excusa para decirle que la echa de

menos, que es un niño, que sin ella se hunde, pero eso sería una manera muy prosaica de entender la contundencia de esta carta: recuperar el extrañamiento de lo cotidiano y su misterio, que no son otros que los de la escritura. Hacer extranjero lo íntimo y habitable lo extraño. Pentti escribe, muchas veces por la mañana, mientras le tiembla el pulso antes del primer trago. Deambula por bares y calles sordidas. La escritura es su tabla de salvación, una manera de seguir en el mundo de los vivos. Joyce, Lenin y Cristo conviven en sus obsesiones con borrachos, chicas que siempre cree lascivas, pisos fríos, los poemas de Zbigniew Herbert y



Carta a mi mujer
Pentti Saarikoski
Traducción de Luisa Gutiérrez
Nórdica Libros
Madrid, 2016
128 páginas
16,50 euros

la muerte de Martin Luther King. Pero de esta crónica de su desmoronamiento, acompañado tan solo por una ausencia a la que no para de pedir dinero, su mujer, lo salva la brillantez de la escritura. *Carta a mi mujer* es de esos libros que uno no se cansa de subrayar, aunque Saarikoski descrea de sí mismo como aforista. Es más, no le importa ser idiota: "El caso es que el mundo sería más feliz y divertido si la gente no tratara de ocultar su estupidez". Y no es coquetería, sino la necesidad romántica (y política) de un estilo en el que todo quepa sin jerarquías, lo escatológico y lo sublime, democráticamente ayudados por el sentido del ritmo, la maestría de las digresiones y esos destellos de inteligencia. Y en nuestro caso por la excelente traducción.

También es romántica la ligereza de lo inacabado, del libro que finaliza cuando se agota la inspiración. "Ya no escribo este libro. Escribo el siguiente. Nunca alcanzo a terminar un libro cuando ya tengo que empezar uno nuevo".

La vida como una novela continua. O en sus palabras: "Hago mi vida ficción para que sea cierta". •